

WARHAMMER®
CHRONICLES

— SEGUNDO ÓMNIBUS —

LAS AVENTURAS DE GOTREK Y FÉLIX



WILLIAM KING
minotauro

WILLIAM KING

**LAS AVENTURAS DE
GOTREK Y FÉLIX**

SEGUNDO ÓMNIBUS

minotauro

Las aventuras de Gotrek y Félix Omnibus nº 02/06

Published by Black Library, 2013

Copyright 2025 © Games Workshop Limited.

Dragonslayer © 2000 Games Workshop Ltd. *Beastslayer* © 2001 Games Workshop Ltd. *Vampireslayer* © 2001 Games Workshop Ltd. *The Tilean's Talisman*, *A Cask of Wynthers* y *Prophecy* aparecieron por primera vez en *Gotrek & Felix: the Anthology* © 2012 Games Workshop Ltd. *The Two Crowns of Ras Karim* apareció por primera vez en *Games Day Chapbook* © 2006 Games Workshop Ltd. *Lord of Undeath* apareció por primera vez en *Warhammer: No muertos* © 1994 Games Workshop Ltd. La versión original del glosario de términos apareció por primera vez en *Inferno! 36* © 2003 Games Workshop Ltd.

Actualización del glosario de términos de Lindsey D le Doux Priestley Games Workshop quiere dar las gracias a Rob Clarke y a Angela McIntosh por la versión original del glosario de términos

Gotrek & Felix. The Second Omnibus, *Las aventuras de Gotrek y Félix Omnibus nº 02/06*, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o ™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Reservados todos los derechos.

Originally published as *Gotrek & Felix. The Second Omnibus*

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción:

© Simon Saito Navarro (*Matadragones*, *Matabestias* y *Matavampiros*)

© Martin Simonson (*El talismán del tileano*, *Un barril de Wynthers*, *Profecía*, *El Señor de la No Muerte* y *Las dos coronas de Ras Karim*)

Ilustración de cubierta: Tatyana Kupriyanova

Mapa: Nuala Kinrade

ISBN: 978-84-450-2028-9

Depósito legal: B. 23.065-2024

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotaur.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotaur

Twitter: @minotaurolibros

ÍNDICE

MATADRAGONES	11
MATABESTIAS	303
MATAVAMPIROS	589
OTROS RELATOS	
El talismán del tileano <i>por David Guymmer</i>	919
Un barril de Wynters <i>por Josh Reynolds</i>	943
Profecía <i>por Ben McCallum</i>	971
El Señor de la No Muerte <i>por William King</i>	999
Las dos coronas de Ras Karim <i>por Nathan Long</i>	1009
GLOSARIO DE TÉRMINOS	1049

I EL REGRESO

Félix Jaeger miró hacia abajo desde el puente de la *Espíritu de Grungni*. Era un hombre alto, rubio, ancho de espaldas y estrecho de caderas. Tenía el rostro bronceado y de la comisura de sus ojos partían unas arrugas de preocupación impropias en el semblante de una persona tan joven. Sin embargo había que tener en cuenta que, como Félix habría sido el primero en reconocer, en su vida había soportado más preocupaciones de las corrientes.

Giró la gran rueda que gobernaba la aeronave para realizar una corrección en el rumbo y dirigir el impresionante aparato hacia donde creía que se encontraba el paso que los sacaría de los Desiertos del Caos. Todavía le dolía la quemadura que le había hecho el Martillo de Barbaflamígea en la mano al empuñarlo. Sin embargo daba gracias por poder utilizarla. Había tenido suerte, y el ungüento curativo de los enanos había sido de gran ayuda.

Sondeó con su afilada vista los tumultuosos territorios que sobrevolaban y el árido desierto que dejaban atrás a bordo de la *Espíritu de*

Grungni. A lo lejos creyó distinguir una nube de polvo que se elevaba del suelo y se estremeció. Con independencia de lo que la causara, no auguraba nada bueno. Nada allí lo hacía.

Miró la brújula a pesar de que sabía que en los Desiertos del Caos no siempre era fiable. En varias ocasiones había visto la aguja de piedra imán girar en círculos por la influencia de una magia diabólica. Por fortuna, ya se aproximaban a la frontera de aquel territorio maldito, donde el cielo no siempre estaba cubierto por nubes de tormenta de extraños colores, y donde era frecuente ver las estrellas en la noche y a la pálida luz del día. Eso le proporcionaba un punto de referencia para la navegación. En varias ocasiones se habían desviado del rumbo y no habían podido corregirlo hasta que habían encontrado una estrella para guiarse, de manera que el viaje se había alargado varios días respecto a lo previsto.

Félix resopló. Estaba exhausto y ya no se alegraba tanto de que Malakai Makaisson le hubiese enseñado a pilotar la nave... Si bien eso le proporcionaba una distracción y le impedía preocuparse por cosas que no escapaban a su control.

El morro de la nave giró con una lentitud exasperante y nada sorprendente. La *Espíritu de Grungni* iba cargada hasta los topes. Los supervivientes de la comunidad de enanos de Karag-Dum, los que habían sobrevivido al último y fatal enfrentamiento con el demoníaco Devorador de Almas y sus adláteres, ocupaban todos los camarotes y rincones de la aeronave. La bodega estaba a rebosar de tesoros que habían sacado de la ciudadela perdida. Félix se preguntó si Hargrim y su gente se acostumbrarían a su nueva vida fuera de los Desiertos del Caos.

Los motores zumbaban con fuerza en su lucha por impulsar la nave con el viento en contra. Félix maldijo para sí, pues los mismísimos elementos parecían haberse confabulado contra ellos en el viaje de salida de los Desiertos del Caos. Además sospechaba de la intervención de magia diabólica. En aquel lugar había varias docenas de magos que habían jurado fidelidad a los Poderes Oscuros, y era fácil imaginarse a uno de ellos invocando un viento que frenara la marcha de la aeronave, o una tormenta que la derribase. La *Espíritu de Grungni* estaba protegida contra los efectos directos de la magia, pero sólo un mago podía contrarrestar unos efectos indirectos como aquéllos.

Félix hizo un esfuerzo para desterrar de su mente esos pensamientos y sustituirlos por otros más alegres. Se preguntó qué estaría haciendo Ulrika en ese momento y si lo echaría de menos o si pensaría siquiera en él. Tal vez lo había olvidado por completo; tal vez él sólo había sido una aventura de un día para ella. Una retahíla de blasfemias que oyó a su espalda borraron de un plumazo todos esos pensamientos.

Gotrek Gurnisson entró en la cubierta y anunció su llegada de una manera rotunda. Recorrió con pesados pasos el puente de mando mientras fulminaba con la mirada a los aprendices de ingeniero y se asomaba con gesto iracundo a las ventanas, como si esperase descubrir a un enemigo volando hacia ellos. Si se tenía en cuenta que apenas unos días antes Gotrek había estado cerca de la muerte debido a las heridas que había sufrido en su batalla contra el Devorador de Almas de Khorne, el enano se había recuperado con una rapidez sorprendente. Aún no había recuperado su mejor aspecto, pues llevaba vendado el voluminoso torso y la enorme cresta teñida de rojo le asomaba a través del turbante de vendas que le envolvía la cabeza y le cubría el parche que le tapaba la cuenca vacía del ojo izquierdo. A pesar de que llevaba un brazo en cabestrillo, se las arreglaba para transportar el hacha descomunal en la mano derecha. Teniendo en cuenta que levantar el arma con ambas manos habría exigido a Félix un esfuerzo mayúsculo, la proeza era digna de mención.

En realidad, el hecho de que el Matatrolls pudiera ponerse en pie y caminar constituía una prueba de su robustez física. Félix sabía que si él, o cualquier otro hombre, hubiese sufrido las mismas heridas que Gotrek, habría quedado postrado en cama durante meses, y eso en el improbable caso de haber sobrevivido.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Félix, a pesar de que las imprecaciones de Gotrek ya le habían respondido a esa pregunta.

—Me siento como si me hubiese pisoteado una manada de burros, humano.

—¿Un poco mejor, entonces?

—Sí. Ayer me sentía como si hubiese perdido una competición de cabezazos con Snorri Muerdenarices.

—Bueno, tienes suerte de estar vivo. Es lo que dice Borek.

—¿Quién puede considerarlo suerte, humano? Si hubiese caído en combate con ese maldito demonio, yo habría expiado mis crímenes y

tú estarías escribiendo el poema de mi muerte. Pero como eso no ha ocurrido, tengo que oír a Snorri Muerdenarices roncar y jactarse de todos los hombres bestia que mató. Créeme, hay destinos peores que la muerte.

Félix arqueó una ceja. Para entonces ya conocía al enano lo suficiente como para saber cuándo bromeaba, y, cosa extraña en él, habida cuenta de que su propósito en la vida era hallar una muerte heroica en batalla, no parecía demasiado pesadoso por seguir con vida. Félix incluso creía haber advertido una nota de amargo placer en la voz del Matatrolls, si bien le pareció conveniente no mencionarlo.

—Si hubieras muerto, nadie habría escapado de Karag-Dum. El Martillo de Barbaflamígea habría caído en manos de los adoradores del Caos y el Devorador de Almas habría consumado su venganza de la raza de los enanos. Estoy seguro de que eso es algo de lo que deberías estar orgulloso.

—Quizá tengas razón, humano.

—Sabes que la tengo. Además, gracias a nosotros, Borek ha demostrado su teoría respecto a la ubicación de Karag-Dum. Hemos encontrado la ciudad perdida y recuperado el Martillo sagrado.

—No es necesario que insistas.

—Y frustramos los planes de los Poderes de la Oscuridad y nos llevamos una buena cantidad de oro y...

—He dicho que...

—Félix Jaeger tiene razón, Gotrek, hijo de Gurni —dijo una voz profunda y dulce.

Félix se volvió justo en el momento en el que entraba en el puente de mando el anciano enano Borek el Erudito. La edad lo encorvaba hasta casi doblarlo y tenía que ayudarse de un bastón para caminar, pero transmitía una vitalidad y una emoción que Félix no había visto nunca antes. Estaba lleno de vida y júbilo. El éxito de Karag-Dum, si es que podía considerarse un éxito a una batalla que había acabado con la mayor parte de la población de enanos de la ciudad, había dado sentido a su vida. Se había recuperado el Martillo de Barbaflamígea para el pueblo de los enanos. Félix sabía que Borek pensaba que habían llevado a cabo una fabulosa proeza, aunque él no estaba tan seguro de ello. Junto al erudito entró su sobrino, Varek, que había acompañado a Félix, Gotrek

y Snorri al interior de la ciudad perdida y había redactado la crónica de la gesta; los cristales de sus gafas reflejaban la luz que se filtraba del exterior. Dedicó una sonrisa seña de alborozo a Félix y al Matatrolls.

«Ya puede sonreír —pensó Félix—. No son muchos los enanos que pueden afirmar que han sobrevivido a un enfrentamiento con un demonio del Caos.»

Detrás de ellos apareció Hargrim, el hijo de Thangrim Barbaflamígea, con la barba teñida del mismo negro riguroso que la ropa de duelo por la muerte de su padre. Tras la muerte de Thangrim, él era ahora el líder del pueblo de Karag-Dum. La expresión de su rostro poseía la severidad de la muerte, y sus ojos mostraban una tristeza como sólo puede verse en los ojos de un enano que ha perdido a la vez el padre y el hogar.

Félix reparó en la mirada que le dirigía Borek, a todas luces inapropiada para un anciano que arrastraba la blanca barba por el suelo. En ella se adivinaba un brillo de admiración que incomodó a Félix. Desde su regreso de Karag-Dum, la mayoría de los enanos de la aeronave lo miraban así. Él había levantado el Martillo de Barbaflamígea y había invocado su poder en la batalla contra el gran demonio. Al parecer, era el primer y único humano de la historia desde los tiempos del hombre-dios Sigmar que ejecutaba una hazaña semejante, y los enanos lo consideraban desde entonces bendecido por los dioses. Sin embargo, Félix no se sentía especialmente bendecido. El solo hecho de invocar el poder del Martillo había estado a punto de matarlo, y luchar contra el demonio era una proeza que esperaba no tener que repetir nunca más en toda su vida.

—¡Mirad allí abajo! —dijo Félix para distraerlos.

Sus afilados ojos habían captado movimiento en el desierto, cerca del borde de la inmensa nube de polvo. Por todos los dioses, era enorme. Si la hubiese levantado un grupo de hombres, Félix habría sospechado la presencia de un ejército. Allí, en los Desiertos del Caos, ¿quién sabía lo que significaba?

A medida que la aeronave se acercaba a ella, Félix distinguió un grupo de figuras empequeñecidas a causa de la altura; cabalgaban por la superficie levantando a su paso una gigantesca nube de polvo policromado.

Borek miró abajo a través de los quevedos.

—¿Qué es? ¡Decidme! No veo tan bien como vosotros.

—Es un rastro de polvo —respondió Gotrek—. Allí abajo hay jinetes, muchos jinetes.

—Calculo que varios centenares. Caballeros del Caos de armadura negra. Se dirigen hacia el sur, como nosotros.

—Tus ojos son mejores que los míos, humano. Creeré en tu palabra.

—Es el décimo grupo que vemos desde que partimos de Karag-Dum. Todos van en la misma dirección.

Poco a poco fue formándose la evidencia en la cabeza de Félix. Sintió que el corazón empezaba a aporrearle el pecho y que se le secaba la boca. Ahora sobrevolaban la nube de polvo y veía muchas más figuras; miles de ellas, tal vez decenas de miles. Creyó distinguir la figura deforme de un hombre bestia, así como la de otras cosas más inquietantes. Era obvio que los adoradores del Caos que habían visto antes eran los rezagados de un ejército mucho más poderoso, o su retaguardia, que se dirigía en línea recta hacia las tierras de los hombres.

—¡Por Grungni, es un ejército en marcha! —exclamó Varek. El joven enano miraba por un catalejo con gran concentración—. Este ejército es más numeroso que el que asediaba Karag-Dum. ¿Qué está ocurriendo?

—Temo que los Poderes del Caos estén planeando una nueva incursión en los territorios de los hombres —dijo Hargrim—. No habrá lugar seguro para mi gente.

El miedo atenazó a Félix. Lo último que deseaba nadie en los territorios humanos era una invasión a gran escala de los seguidores de los Poderes Malignos. Eran numerosos y poderosísimos, y Félix sospechaba, a raíz de lo que había visto en los Desiertos del Caos, que sólo sus constantes conflictos internos evitaban que borrasen del mapa la civilización humana.

—Perfecto. Ahora me vendría de perlas una lucha decente —dijo Gotrek.

—Pensaba que ya habías tenido suficiente —replicó Félix con acritud.

—Un Matatrolls nunca sacia su sed de sangre, Félix Jaeger —repuso Borek—. Ya deberías saberlo.

—Por desgracia, lo sé. —A Félix lo asaltó una nueva preocupación, una que sabía que había estado intentando mantener apartada durante todo el día—. Si nos invaden, las hordas del Caos cruzarán el paso del Mordisco de Hacha.

—¿Y qué, humano?

—Que la mansión de Ivan Straghov está justo en su camino.

—En ese caso, más vale que nos demos prisa y les avisemos, ¿no os parece?

La emoción y la tensión dominaban a Félix. Habían cruzado el paso y las tierras de Kislev se extendían ante ellos. Dentro de pocas horas volvería a ver a Ulrika. Se sentía más nervioso de lo que estaba dispuesto a admitir; tan nervioso como se sentía antes de una batalla, o quizá más. Se preguntaba si ella se alegraría tanto de verlo a él como él se alegraría de verla a ella. Se preguntaba qué diría la muchacha, qué diría él, cómo iría vestida. Sacudió la cabeza. Estaba comportándose como un colegial enamorado y lo sabía, pero no podía evitarlo. Hacía mucho tiempo que no sentía lo mismo por alguien; concretamente desde la muerte de Kirsten en el fuerte Von Diehl, de la que parecía haber pasado una eternidad. Era una pena que fuese portador de tan malas noticias.

Se llevó el catalejo al ojo y oteó el horizonte con la esperanza de ver la mansión. Su insistencia fue recompensada con el avistamiento de lo que le pareció la torre de amarre. «Ya queda poco —pensó—; muy poco.»

—¿Impaciente por el regreso? —dijo una voz a su lado, y cuando bajó la vista vio a Varek.

El joven enano lo miraba con una incómoda expresión de reverencia ante un héroe. Félix no entendía que lo hiciera, pues Varek había vivido los mismos peligros que él durante el descenso a Karag-Du, y había contribuido en la misma medida al éxito de la misión. No existía ninguna razón para que idolatrara a Félix, pero era evidente que lo hacía. Varek llevaba puestos un saco de cuero y unas gafas de piloto. Durante el viaje de regreso, Makaïsson había estado enseñándole a pilotar un girocóptero y al parecer acababan de volver de un paseo de instrucción.

—Es evidente que el joven Félix está deseando llegar —intervino Snorri Muerdenarices—. Incluso Snorri se da cuenta. Va a ver a su amiga.

Snorri dirigió a Félix un guiño de complicidad que resultó de lo más perturbador. Aun vendado de pies a cabeza, Snorri Muerdenarices era el único enano que conocía Félix cuya apariencia le resultaba más aterradora que la del mismo Gotrek, y ni las heridas sufridas en Karag-Dum habían conseguido arrebatárle tan dudoso honor. Como Gotrek, Snorri

pertenecía al Culto de los Matadores, cuyos miembros habían jurado buscar una muerte heroica en batalla. Y como en el caso de Gotrek, su simiesco cuerpo, bajo y ancho, estaba cubierto de tatuajes. A diferencia del otro Matador, sin embargo, llevaba tres clavos hundidos en el cráneo rasurado en lugar de la cresta de pelo característica de los Matadores. Snorri no era el más inteligente de los enanos, pero, para ser un Matador, era cordial.

Félix enfocó el catalejo hacia la casa solariega y advirtió algo raro. En un primer momento no supo con certeza de qué se trataba, pero poco a poco se le hizo evidente. Le pareció escasa la gente que vio en los campos que la rodeaban. De hecho, no había nadie. Debería haber estado llena de criados, carros, percherones, soldados, centinelas, jinetes que fueran y vinieran con mensajes. Recorrió el horizonte con el corazón en un puño para confirmar esa primera impresión, y de repente sintió que el sudor le empapaba las palmas de las manos y se le hacía un nudo en el estómago. Tuvo un mal presentimiento. ¿Ya habrían pasado por allí las fuerzas del Caos?

Musitó una plegaria a Sigmar para pedirle que no le hubiese sucedido nada a Ulrika, seguida por otra para su padre y el resto de las personas de la hacienda, pero no estaba seguro de que sus plegarias fuesen atendidas. Cuando observó la casa desde más cerca, distinguió los signos del desastre.

La puerta de la fortificación parecía derribada por un ariete y en las piedras se advertían señales de incendio. Tramos enteros de la empalizada yacían derrumbado. La imagen le recordó los espantosos momentos posteriores a la masacre del fuerte Von Diehl.

—No, otra vez no —murmuró.

—¿Qué sucede, humano? ¿Qué ves? —preguntó Gotrek.

Félix no respondió. Lo único que le permitía abrigar esperanzas era el hecho de no ver cadáveres. Sin embargo, no estaba para nada seguro de que eso fuese una señal esperanzadora. No había el más mínimo rastro de vida, ni ningún signo de batalla salvo por los destrozos en los edificios y en las fortificaciones. «Tiene que haber cadáveres, o al menos indicios de sepulturas recientes.» Recorrió la zona con frenesí buscando una pira funeraria o un túmulo colectivo. Quizá aquel montículo de allá era nuevo.

—¿Qué ves, humano? —repitió Gotrek, esta vez con una nota amenazadora en la voz.

—La mansión ha sido atacada —respondió al cabo Félix, sorprendido por la firmeza de su voz—. Y da la impresión de que todo el mundo han desaparecido, sin más.

—¿La gente se ha esfumado en el aire?

—Eso parece.

—No me gusta —repuso Gotrek—. Huele a trampa.

Félix no pudo menos que reconocer que estaba de acuerdo con el Matatrolls. En el escenario había algo extraño que no le gustaba ni una pizca. Por otro lado, necesitaba con desesperación averiguar qué le había sucedido a Ulrika. «Ojalá siga viva.»

La aeronave estaba cada vez más cerca de la mansión aparentemente abandonada.

Vidente Gris Thanquol vio que la aeronave se aproximaba a través de su periscopio. Una vez más, se sintió más impresionado de lo que estaba dispuesto a reconocer por el ingenio de los enanos. El hecho de que una cosa tan grande pudiese volar era una prueba de la existencia de una magia más grandiosa que la suya. De todos modos sabía que no era magia lo que mantenía la enorme nave en el aire, sino la arcana tecnología de los enanos.

Comenzó a masticar unos trozos de piedra de disformidad en polvo que había atesorado con afán, pues sabía que se acercaba el momento en el que precisaría de todo el poder de hechicería que la piedra pudiese proporcionarle. Se sentía un poco débil, puesto que el duelo mágico de la noche anterior con el hechicero humano lo había dejado exhausto. ¿Quién iba a esperar que los humanos contasen con un mago tan fuerte? Había estado a punto de desbaratar sus planes cuidadosamente trazados. No obstante, Thanquol, como no podría haber sido de otra manera, había acabado ganando el duelo. El poder de un verdadero siervo de la Gran Rata Cornuda siempre se impondría a la débil magia de la humanidad, de la misma manera que los aguerridos soldados skavens habían acabado apoderándose de la fortificación humana. A Thanquol lo colmaba de orgullo su victoria a pesar de que sólo superaban a los humanos en una proporción de diez a uno. El hecho de haber obtenido la victoria

en unas circunstancias tan adversas era una prueba su genialidad como líder.

Incluso habían capturado a algunos prisioneros, que sin duda servirían como adecuados sujetos para los experimentos del Clan Moulder una vez concluida la expedición. Thanquol todavía lamentaba no haber dispuesto de tiempo suficiente para interrogar de verdad a los cautivos. Nada lo relajaba más que someter a un puñado de humanos aterrados. Sobre todo lo complacía tener al hechicero humano en su poder. El pobre hombre había perdido el conocimiento a causa de un contragolpe mágico al tratar de disipar el último hechizo de Thanquol. Cuando volviera en sí y Thanquol tuviese tiempo, el vidente gris lo torturaría hasta sonsacarle el secreto de sus hechizos.

También habían capturado a unas cuantas criadoras; sin duda, un regalo inesperado. Habían encerrado a los supervivientes en las bodegas, salvo a la más joven y, suponía Thanquol, la más atractiva de las criadoras, a la que pretendía utilizar para atraer a Félix Jaeger y a Gotrek Gurnisson a una trampa.

Incluso el momento de la llegada de la aeronave parecía favorecerlo. Estaba oscureciendo, y eso ayudaba a ocultar a los soldados que aguardaban en el edificio y en las bodegas para saltar por sorpresa sobre los enanos. Mientras observaba la nave, Thanquol pensó que quizá Acechador seguía vivo y que tal vez tendría la posibilidad de ponerse en contacto con él. «Probaré —se dijo Thanquol—. No pierdo nada por intentarlo y me puede resultar muy útil disponer de un agente vivo y leal allí arriba.» Por lo tanto, decidió que intentaría comunicarse con él.

Acechador sentía que le iba a estallar la cabeza. No era una sensación nueva últimamente. Llevaba unos cuantos días soportando más tormentos que cualquier skaven de la historia del mundo. ¡Qué injusticia! Él no había pedido que lo metieran de polizón en aquella maldita aeronave. No había pedido que se produjeran aquellos cambios en su cuerpo. Culpó de todos sus sufrimientos a la piedra de disformidad y a los rayos que habían caído sobre la aeronave hacía... parecía que hacía siglos. Ellos habían provocado los cambios. Había oído decir que el vidente había experimentado unos cambios similares después de consumir la piedra durante un tiempo prolongado, y sólo la Gran Rata Cornuda sabía cuánto polvo de piedra

de disformidad había inhalado él desde que esos imbéciles de los enanos habían conducido su estúpida nave a los Desiertos del Caos.

¡Ojalá se hubiese quedado dentro de la barquilla, donde habría estado a salvo! Allí el aire era filtrado por pantallas, había abundancia de comida y la magia de humanos y enanos lo hubiera protegido de los efectos del Caos. Pero, ¡ay!, eso no había sido posible. Su señor, trece veces maldito, Vidente Gris Thanquol, había insistido en que le transmitiera informes regulares, y la magia del vidente gris no llegaba hasta su subalterno cuando éste se encontraba dentro del área protegida. Así pues, Acechador había tenido que abandonar la protección de la barquilla para complacer a su condenado señor, y de ese modo se había visto expuesto al polvo mutador. Y ahora, con la barquilla llena a reventar de canijos, Acechador se las veía y se las deseaba para encontrar un escondite abajo. Sólo habría sido cuestión de tiempo que descubrieran su presencia. y dudaba que ni siquiera un skaven de su fabulosa fuerza pudiese vencer a tantos guerreros enanos.

No sabía qué era peor, si el dolor de cabeza o el hambre que le quemaba el estómago. No recordaba haber pasado nunca un hambre igual, ni siquiera después de una batalla, el momento de mayor necesidad de alimentarse de todos los skavens. El hambre estaba relacionada con los cambios que había sufrido su cuerpo; nunca había sido tan grande ni tan corpulento. Sus músculos eran como los de una rata ogro y su cola, como un trozo de cable de acero. Su cuerpo prácticamente había doblado su tamaño y sus garras parecían ahora dagas. En su cabeza habían empezado a aflorar unos tocones de cuerno similares a los que tenía Vidente Gris Thanquol. «¿Estaré convirtiéndome en un vidente gris?», se preguntó Acechador. ¿O sería un signo de alguna otra bendición de la Gran Rata Cornuda? En ese preciso momento, Acechador no se sentía particularmente bendecido, sino cansado, famélico y subyugado por la autocompasión. También lo invadía una justificable precaución ante el enemigo, que algunos, erróneamente, llamarían miedo. Y ahora ese extraño zumbido dentro de su cabeza, un zumbido que comenzó a mutar en voz.

«¡Acechador! ¡Estúpido! ¿Eres tú?»

Acechador se preguntó si sería sólo una alucinación causada por el hambre, o si los horrores soportados habrían acabado por volverlo loco.

Sin embargo advirtió unas cualidades en la voz que le resultaban familiares: una arrogancia vejatoria y un desprecio por todos los que no fueran su emisor. «¡Acechador! ¡Respóndeme! ¡Sé que estás ahí! ¡Puedo sentírtelo!»

Acechador se llevó una zarpa hasta el amuleto que Vidente Gris Thanquol le había dado. «¿Es posible que después de tantos días Thanquol haya conseguido restablecer el contacto?», se preguntó.

«¡Puedo ver la nave, idiota! Y siento tu mediocre mente. Como no me respondas, me comeré tu patética alma y le alimentaré a Destripahuesos con tu repugnante cadáver.»

Un primer y pálido asomo de rebeldía cruzó la mente de Acechador. ¿Quién se creía que era Vidente Gris Thanquol para hablarle así después de todo lo que él había soportado? ¿Acaso él se había aventurado alguna vez en los Desiertos del Caos? ¿Alguna vez había viajado hasta un lugar tan remoto a bordo de un vehículo experimental tan peligroso? ¿Acaso Thanquol había estado expuesto al polvo de piedra de disformidad y había mutado de un modo tan incontrolable como él? «Que intente alimentar conmigo a Destripahuesos —se dijo Acechador mientras la furia crecía descontroladamente en su cerebro—. Descuartizaré a esa rata ogro miembro a miembro, me la comeré, le partiré los huesos para sorber el tuétano y te escupiré los cartílagos a ti, Vidente Gris Thanquol. Ya verás como lo hago.» Sin embargo, lo que en realidad hizo fue tocar el cristal.

—¡Oh, tú, el más poderoso de los señores! —chilló—. ¿De verdad eres tú? ¿Ha logrado tu omnipotente hechicería superar al fin los tremendos obstáculos que los malvados enanos pusieron en tu camino y restablecer la comunicación con tu fiel Acechador?

«¡Sí, idiota!»

El funesto mensaje salió disparado a través del aire y se clavó en el cerebro de Acechador, que se asombraba de que sus labios y cerebro frontal pudiesen expresar unos halagos tan enormes e hipócritas cuando su cerebro posterior y todo su espíritu bullían de rebeldía. Sabía que si algún día se le presentaba la más mínima oportunidad, no dudaría en matar a Thanquol, y que el mundo no empeoraría por ello. El vidente gris era un loco incompetente y merecía morir para que alguien mejor lo reemplazara. De hecho, ese alguien era el propio Acechador. En ese momento se dio cuenta de que la piedra de disformidad no había altera-

do sólo su cuerpo, sino también su mente y su espíritu. Se había vuelto más inteligente y se le habían abierto los ojos ante muchas cosas. Ahora sabía que era más inteligente que Thanquol y que podía llegar a ser un jefe mucho mejor que él si le daban la oportunidad. No obstante, decidió que, por el momento, la natural prudencia skaven era la estrategia más adecuada.

—¿Dónde estás, oh, el más poderoso de los señores?

«Estoy debajo de ti, en la fortaleza humana, preparado para que esos canijos idiotas caigan en mi trampa. ¡Ahora, infórmame! ¿Dónde habéis estado? ¿Por qué no has respondido a mis poderosos hechizos de comunicación?»

«Porque nunca llegaron hasta mí, paleta despótico», pensó Acechador.

—Tal vez mi débil cerebro fue incapaz de captar unos hechizos tan poderosos, joh, el más magistral de los magos! —respondió.

«¡Infórmame! ¿Hay muchos enanos a bordo de la aeronave? ¿Está dañada? ¿Dónde habéis estado? ¿Transportáis muchos tesoros?»

«¿De qué está hablando este skaven loco? ¿Tesoros? ¿Qué tesoros podría haber?» Quedaba claro que Vidente Gris Thanquol no tenía ni idea de lo que había sucedido allí arriba. ¿Es que se pensaba que Acechador estaba al mando de la nave? ¿Que los enanos lo habían recibido con vítores y habían respondido a todas sus preguntas? La falta de respeto que le inspiraba Thanquol aumentaba con cada minuto que pasaba.

—¿Qué pregunta queréis que os responda primero, oh, el más inteligente de los jefes? —dijo su boca.

«¡Responde lo que quieras, pero responde pronto-pronto! Quizá no tengamos mucho tiempo antes...»

—¿Antes de qué, oh, el más perspicaz de los soberanos?

«No importa. Tú sólo prepárate para actuar cuando te dé la orden.»

—Como siempre, joh, el más soberbio de los comandantes!

Si cerraba los ojos podía imaginarse a Vidente Gris Thanquol de pie delante de él, con las rojas pupilas brillantes de conocimiento demente y con la espuma del polvo de piedra de disformidad, al que era adicto, colgándole de los labios. Nada le habría gustado más a Acechador que tener a su lado al vidente gris en ese preciso momento para retorcerle el descarnado pescuezo. Flexionó las zarpas recreándose en la escena.

«¡Pronto la aeronave atracará y se pondrá en ejecución nuestra trampa! ¡Prepárate para sembrar el caos y la confusión entre los canijos, pero cuídate de no dañar la aeronave!»

«Querrás decir que me prepare para hacer que me maten a fin de poner en práctica tus planes dementes.» A Acechador no se le pasaba por la cabeza poner en peligro su vida para mayor gloria de Vidente Gris Thanquol. Ya lo había hecho demasiadas veces y no había necesidad de aumentar la cuenta de agravios por la que Thanquol estaba en deuda con él.

—Naturalmente, señor; vivo para obedecerte —respondió.

«¡Bien-bien! ¡Asegúrate de hacerlo y serás recompensado! Fállame y...»

—No digas más, ¡oh, el más persuasivo de los predicadores! No te fallaré.

«¡Respóndeme! ¿Hay muchos enanos a bordo?»

Acechador respondió de acuerdo con el dogma, poniendo buen cuidado en exagerar la fuerza de los enanos en todos los aspectos. Con Vidente Gris Thanquol era mejor tener preparadas las excusas por anticipado; era algo que había aprendido del propio vidente gris.

Félix escrutó la mansión. Sus temores se confirmaban. No se veía signo alguno de vida. ¡No! ¡Un momento! ¿Qué era eso? ¿Un movimiento en la ventana? Enfocó el catalejo en ella, pero cuando lo hubo logrado, el movimiento había desaparecido.

—Supongo que lo mejor será que bajemos a investigar —dijo Gotrek con tono malhumorado mientras sacaba el brazo del cabestrillo y flexionaba los músculos para comprobar su estado.

—¿Y si es una trampa?

—¿Qué quieres decir, humano? ¿Qué pasa si es una trampa?

Félix escogió con cuidado sus palabras. El Matatrolls continuaba decidido a buscar la muerte, eso resultaba obvio; pero por una vez Félix estaba deseoso de acompañarlo. Necesitaba averiguar qué había sucedido, y necesitaba desesperadamente saber qué había sido de Ulrika. «Y de su gente», añadió al sentir el aguijón de la culpabilidad, aunque admitió para sí que sólo le importaba de verdad la suerte que podía haber corrido una sola persona.

—Bajaremos juntos —dijo Félix

—Snorri os acompañará —intervino Snorri.

—Creo que los demás deberíamos permanecer en la nave —dijo Borek—. No tiene sentido arriesgarlo todo y a todos cuando ya hemos conseguido llegar hasta aquí.

El anciano erudito tuvo al menos la elegancia de adoptar un gesto ruborizado, aunque Félix no le reprochaba su prudencia. Si él hubiese estado al mando de la nave, habría prohibido que nadie bajara a excepción de los Matadores, y únicamente porque tenía la certeza de que era inútil darles órdenes a esos dos.

—Atracaremos en la torre y bajaréis —dijo—. Por lo menos sigue en pie y no parece que haya sufrido daños. Es una suerte.

—¿En serio? —preguntó Félix, desenvainando la espada con la empuñadura en forma de dragón—. Dudo que la suerte tenga algo que ver con ello.

Vidente Gris Thanquol rio entre dientes con malicia. Todo estaba transcurriendo de acuerdo con su plan. Los peones estaban en sus puestos e incluso había conseguido comunicarse con el imbécil de Acechador. «Quizá aún pueda ser útil ese pequeño canalla », pensó Thanquol, aunque no se hizo demasiadas ilusiones. Acechador ya había demostrado en demasiadas ocasiones que no era precisamente una joya como colaborador; no obstante, nunca se sabía.

Miró a la criadora de pelaje rubio. Había ordenado que la sacaran de las bodegas. Suponía que era atractiva según el canon humano, y quién sabe, tal vez podría utilizarla como moneda de cambio en una negociación. Sólo la Gran Rata Cornuda sabía por qué los machos humanos eran tan ridículamente protectores con sus criadoras.

Enseñó los dientes con gesto amenazador a la criadora y, para su sorpresa, ella no manifestó el más leve asomo de miedo ni consideración. Por el contrario, le escupió a la cara. Thanquol se lamió el escupitajo con su larga lengua rosada y flexionó aviesamente las zarpas. La criadora volvió a sorprenderlo cuando su mano se deslizó hacia la empuñadura de la espada que, para contento de Thanquol, ya no tenía envainada a la cintura. Aquella criadora parecía verdaderamente peligrosa.

—¡Ahora, calladita! —gritó con unos chillidos graves y amenazadores—. O despídete de este mundo. Te lo advierte Vidente Gris Thanquol.

La criadora no ofreció ninguna muestra de haber reconocido el nombre.

—Siempre es agradable conocer el nombre de la rata a la que tienes intención de matar —dijo la criadora.

Thanquol abrió los ojos para que la muchacha viera el poder que ardía en ellos, y esta vez se amilanó un poco, como le sucedería a casi todo el mundo al enfrentarse con el resplandor sobrenatural.

—No seas estúpida, criadora. Matarme no podrás. Vives sólo porque yo quiero. Morirás si me molestas.

—Eres ese hechicero skaven del que habló Félix —murmuró ella en voz tan baja que Thanquol casi no la oyó; casi. —¿Conoces al maldito Félix Jaeger? —preguntó.

Ella pareció darse cuenta de su error porque cerró la boca de golpe y no dijo nada más. Thanquol le mostró los dientes en una sonrisa.

—Interesante. Mucho-mucho.

Meditó sobre la nueva información que había obtenido y se preguntó qué partido podría sacarle. ¿Qué clase de relación tendrían aquella criadora y Félix Jaeger? ¿Se habrían apareado? Era una posibilidad. Los humanos parecían permanentemente en celo; se trataba de su forma de ser. ¿Tendrían cachorros? No; no había pasado el tiempo suficiente. Thanquol maldijo para sí. De haberlo descubierto antes, quizá podría haber aprovechado esa información, pero ahora ya no tenía tiempo. Tenía que preparar su mente para el gran hechizo de retención.

—¡Destripahuesos! —gritó—. Vigila a la criadora. No permitas que escape.

Se sintió observado y reparó en que el jefe de garra Moulder más próximo lo miraba atentamente. «¿Habrá oído la conversación que acabo de mantener con la criadora?», se preguntó Thanquol, aunque era irrelevante. Ya se acercaba el momento de entrar en acción. Tenía a sus enemigos casi al alcance de las zarpas.

Félix observaba mientras la nave maniobra para acercarse a la torre. Los enanos lanzaron los rezones y tiraron de los cables hasta que colocaron la nave en la posición correcta para que la rampa de abordaje tendida desde la torre coincidiera con la escotilla. Félix desenvainó la espada con la empuñadura en forma de dragón y se preparó para el largo descenso. Estaba hecho un manojo de nervios y se sentía vigilado por unos

ojos malignos. «Sólo son imaginaciones», se dijo, pero sabía que no era cierto.

—¿Preparado, humano? —preguntó Gotrek.

—No podría estarlo más.

—Snorri también está preparado —dijo Snorri Muerdenarices.

—Entonces, vamos.

Mientras avanzaban por la rampa, Félix no pudo evitar fijarse con inquietud en la manera como el suelo cedía bajo el peso de los tres y de la altura a la que estaban. El viento, gélido como sólo podía serlo en las estepas septentrionales, sacudía su larga capa roja y le revolvía el cabello.

Gotrek y Snorri habrían tenido un aspecto cómico envueltos en las vendas si no hubieran estado tan serios. Nadie en su sano juicio se atrevería a reírse de dos Matadores con semejante estado de ánimo. Ni siquiera él tenía muchas ganas de reír. Félix reparó en que tanto Gotrek como Snorri se movían lentamente y resintiéndose de las zonas heridas, y esperó que allí abajo no los atacara nada. Sabía que un Gotrek en plena forma era capaz de medirse con cualquier cosa que caminara a dos patas y con casi cualquiera que lo hiciera a cuatro, pero ahora sufría múltiples heridas, y eso sería una desventaja si había lucha.

—Yo iré delante —dijo Félix, adelantándose hasta la escalerilla, pues dudaba de que la jaula elevadora funcionase; y en cualquier caso no le apetecía que un ataque lo sorprendiese encerrado dentro. Se parecía demasiado a una trampa mortal.

—Será en tus sueños, humano —replicó Gotrek.

—Snorri también tiene que encontrar su fin —protestó Snorri—. Tu trabajo es dejar constancia de él, joven Félix.

—Sólo acordé hacer eso por Gotrek —respondió Félix, herido en el orgullo.

—Bueno, si da la casualidad de que Snorri está presente cuando yo encuentre el mío, sin duda podrás dedicarle algunos versos, humano.

Félix bajó la vista hacia el suelo. Estaba convencido de que había visto movimiento tras las ventanas de la casa solariega.

—¿Hay alguien ahí abajo? —gritó, pues no procedían las sutilezas. Si el enemigo estaba allí, ya habría visto y oído llegar a la *Espíritu de Grungni*.

—Sin duda hay alguien, humano —dijo Gotrek—. Lo oigo.

—Snorri huele skavens —comentó Snorri.

—Genial —masculló Félix—. Es justo lo que necesitábamos.

—Me alegra que pienses así, joven Félix —dijo Snorri—. Snorri piensa como tú.

—Tengo cuentas pendientes con esos hombres rata —señaló Gotrek.

—Y estoy seguro de que ellos las tienen con nosotros, Gotrek —le recordó Félix. Después de lo ocurrido en Nuln, tenía la certeza de que los skavens ni siquiera se plantearían conversar con ellos. Se obligó a continuar el descenso por la escalerilla.

Acechador avanzó por el gigantesco globo. Sabía que la aeronave acababa de detenerse, pues había oído apagarse el ruido de los motores. Había notado que el vehículo se sacudía al chocar contra algo y había percibido un desplazamiento lateral cuando la amarraban. Había llegado el momento de dedicarse a sus asuntos. Sus asuntos, no; los de Vidente Gris Thanquol. Si quería escapar de aquella maldita nave llena de canijos, ninguna oportunidad sería mejor que durante el ataque de Thanquol. Eso mantendría entretenida a la tripulación mientras él huía. Ya tendría tiempo después para inventar las excusas que le presentaría a Thanquol. Acechador se preparó para entrar en acción.

Ulrika miró detenidamente las pequeñas figuras que salían a la plataforma que había en lo alto de la torre. Distinguió a Félix entre ellas y se le hizo un nudo en el estómago. No se había sentido tan mal desde que el ejército skaven arrasó como una ola las murallas y comenzó a asesinar a su gente. Únicamente hallaba consuelo en el pensamiento de que ella había matado al menos a media docena de aquellos monstruos antes de que la golpearan con una cachiporra por la espalda.

Aunque esa media docena no había cambiado nada porque las tropas asaltantes eran demasiado numerosas. Pese a ello, calculaba que los suyos habían acabado con más o menos la mitad de los skavens. La preocupación no le había dado un respiro en todo el día. La habían encerrado en las bodegas; parte de su casa se había convertido en una cárcel y no sabía si su padre y sus amigos estaban aún vivos. Y encima ahora la obligaban a mirar mientras ese hechicero albino de cabeza cornuda que se regodeaba se disponía a tender una emboscada a Félix y a la tripulación de la

aeronave. No albergaba esperanza alguna de que pudiesen repeler a los hombres rata. Dentro de la nave no había enanos suficientes para plantar cara a hordas de chillonas criaturas.

Miró a su alrededor mientras echaba de menos sus armas. Sus probabilidades de victoria contra la gigantesca rata ogro que actuaba de guardaespaldas de Vidente Gris Thanquol eran escasas, aunque ella hubiese estado armada hasta los dientes. Aun así, con sus armas podría haber tenido alguna. No obstante, según estaban las cosas, no había la más mínima esperanza. Deseó poseer los poderes mágicos de Max Schreiber, ya que en ese caso habrían importado las armas. ¡Qué estragos había causado el mago la noche anterior antes de que algún hechizo del demente hombre rata que ahora tenía delante lo hubiese dejado inconsciente! Schreiber, por sí solo, debía de haber matado a medio centenar de skavens.

Esos pensamientos no la llevarían a ninguna parte. «Si los deseos fuesen caballos, todos montaríamos corceles de guerra», solía decir su padre. Tenía que haber algo que ella pudiese hacer, algún modo de alertar a Félix y a los demás, o incluso de escapar. Pensó en ello. Aunque no pudiera huir, quizá podría advertirlos de la trampa. Era la dura hija de una tierra dura. Si estaba condenada a morir, pues que así fuese.

Recorrió con los ojos la sala y el mar de caras de rata. Era una lástima que fuesen lo último que iba a ver en su vida. Vaciló por un momento, pero luego abrió la boca y se preparó para gritar.

Vidente Gris Thanquol sentía cómo se concentraba el poder en su interior. Su momento estaba a punto de llegar. Gurnisson, Jaeger y la hermosa, hermosa aeronave ya casi estaban en su poder.

Metió la mano en el zurrón y sacó los elementos necesarios: un trozo de piedra de disformidad imantada, una placa metálica con runas grabadas y el amuleto de trece caras inscrito con las trece runas fatales del poder absoluto. Tenía cuanto necesitaba, y estaba preparado para comenzar. Esta vez no había escapatoria para sus enemigos; de eso, estaba seguro.

Flexionó las zarpas, dejó que su espíritu se expandiera para reunir el poder de los vientos de la magia, y se preparó para liberar su hechizo.